

RECENSIONES

DAVID OWEN: *Los derechos humanos*. Barcelona, 1979, 204 pp.

El autor, ministro de Exteriores del último gobierno laborista, aborda en este libro un conjunto de temas relacionados con los derechos humanos, desde su perspectiva característica de británico y laborista.

No se trata de un estudio exhausto y en profundidad de los derechos humanos, sino que éstos se convierten en el hilo conductor o en pretexto para hacer comentarios de política internacional en temas como la política exterior británica, el comunismo soviético, los partidos eurocomunistas, el *apartheid*, la pobreza o el desarme.

El capítulo primero está dedicado al papel que ha representado el laborismo en Gran Bretaña. El autor se identifica con la tradición británica de socialismo democrático, que «a la vez se nutre del valor del altruismo y lo promueve». «La adhesión a la causa de los derechos humanos es una política de izquierdas que resulta natural en los socialistas. Va a la raíz de nuestra sociedad y, sin embargo, si ha de promoverse con convicción, debe surgir no de una retórica vacía, sino de derechos alcanzados y establecidos a lo largo de una amplia gama de actividades de nuestra sociedad.»

La política exterior de Gran Bretaña, y dentro de ella el papel que juegan los derechos humanos, es el objeto del capítulo segundo. Lo dedica a la protección que éstos tienen a través del Consejo de Europa y de la Comunidad Europea y al impulso que ha dado Gran Bretaña en este sentido. Recoge el hecho de que Gran Bretaña ha sido llevada ante el Tribunal y la Comisión del Consejo de Europa tanto por Estados como individuos. «La mayoría de las acciones relativas a Gran Bretaña han resultado carentes de fundamento, pero algunas, muy pocas, lo han tenido.» Plantea qué puede hacerse para aumentar la eficacia de la Convención Europea y responde: «Que todos los Estados miembros aceptasen la totalidad de sus disposiciones y la totalidad de sus protocolos. Hay cuatro países que no aceptan la jurisdicción obligatoria del Tribunal y cinco que no reconocen el derecho de petición individual. Hay ocho que no han ratificado el cuarto protocolo, entre ellos Gran Bretaña, que, sin embargo, lo firmó.» Al explicar las razones por qué no lo hizo, se adentra en las diferencias de las concepciones políticas y filosóficas de las tradiciones anglosajona y «napoleónica».

Bajo el título de «Comunismo», analiza el autor en el capítulo tercero la problemática de la distensión. «La regla de oro debería ser que ninguna de las dos partes desarrollasen políticas que puedan elevar el nivel de la

confrontación hasta el punto de amenazar la estructura misma de la distensión.» También constata la insuficiencia de la ayuda de la URSS y Europa Oriental al Tercer Mundo, que no llegó al 5 por 100 del de los países industrializados. Si hubieran guardado relación con su PNB, debería haber sido alrededor del 36 por 100, en contraste con la ayuda militar. Asimismo señala que la opinión pública occidental ha manifestado con claridad que no apoyará la distensión, a menos que favorezca la causa de los derechos humanos en Europa oriental. Sin embargo, «admitimos que la cuestión de los derechos humanos es sólo un aspecto en las relaciones Este-Oeste». «De la misma forma, los países comunistas deben reconocer que la preocupación por los derechos humanos no es una táctica para desviar la atención, sino una parte integral de la política exterior de las democracias occidentales.»

«¿Es el comunismo europeo el último caballo de Troya de la dictadura y el totalitarismo?» Con esta pregunta comienza el análisis del papel que desempeñan los partidos comunistas de Europa occidental, concretamente el PCI, PCF y PCE. Aborda el tema desde el planteamiento de británico y laborista, llegando a la conclusión de «que el Partido Laborista no debe desviarse de su actual firme oposición y tradicional hostilidad al PC de Gran Bretaña». El desafío planteado al socialismo democrático consiste en redescubrir su propio izquierdismo.

Concluye este capítulo con otra pregunta: «¿En qué se diferencia la estructura monolítica y vertical de los tres principales partidos eurocomunistas de los partidos gobernantes de la Europa oriental y la Unión Soviética?»

Las relaciones raciales en Gran Bretaña y el *apartheid* son el título de los capítulos quinto y sexto, que son las dos caras de la misma moneda de los problemas derivados del color de la piel. En el primero de ellos estudia la evolución del problema desde la retirada de las colonias y el reemplazo del imperio por la Comunidad, creando una nacionalidad para sus individuos, hasta la situación actual de la Ley de Inmigración de 1971, en la que los individuos provenientes de las colonias no gozan de mayor libertad para entrar en Gran Bretaña que los extranjeros. Termina el capítulo con una condena del racismo: «Es por eso que debemos aceptar la realidad de nuestra sociedad multirracial, tenemos que decidimos a sacar ventajas de su diversidad y a enfrentar de manera positiva en Gran Bretaña lo que es sólo una faceta de un mundo de caracteres multirraciales cada vez mayores.»

En el capítulo sexto analiza la problemática de la controversia sobre la política sudafricana y justifica el papel que ha desempeñado Gran Bretaña.

En el examen de las Naciones Unidas consiste el capítulo séptimo: «Pese a todas sus imperfecciones, cumple una necesidad básica al ser el único foro establecido para considerar los problemas mundiales», y concretamente a resaltar la actuación de Gran Bretaña en esta organización, «uno de nuestros propósitos fundamentales como país y como gobierno consiste en lograr el fortalecimiento de la capacidad de la ONU para proteger los derechos humanos». En este sentido, dos actuaciones concretas: «Primero, en la resolución 1503 hemos delineado un procedimiento confidencial por cuyo intermedio la Comisión de Derechos Humanos de la ONU y su Subcomisión habían de considerar los comunicados dirigidos al SG de parte de individuos o grupos de personas que parezcan revelar una tendencia consistente en cuanto a violaciones graves y bien documentadas en cuanto a derechos humanos. Segundo, continuaremos apoyando la proposición en cuanto a establecer un Alto Comisionado para los derechos humanos.»

RECENSIONES

Finaliza el libro con dos capítulos: el octavo, sobre la pobreza en el mundo, y el noveno, sobre la paz. Respecto al tema de la pobreza, las dos cuestiones de más interés que toca son: la de la negociación para un Fondo Común de productos manufacturados y el Convenio de Lomé.

En el capítulo noveno analiza el problema del desarme en sus diversos aspectos y la postura que mantiene Gran Bretaña sobre el mismo.

FRANCISCO ALDECOA LUZARRAGA

JEAN-LOUIS SOULIE y LUCIEN CHAMPENOIS: *Le Royaume d'Arabie Saoudite a l'épreuve des temps modernes*. Colección «Presencia del Mundo Árabe», dirigida por René Tavernier. Aparecida bajo los auspicios de la Asociación «Conocer el Mundo Árabe». Editions Albin Michel. París, 1978.

En una nota escrita por los responsables de la colección, antes del contenido del libro, dice que «el mundo árabe, en plena mutación, permanece todavía mal conocido» y que la colección no pretende ser una colección realizada por especialistas para un público de especialistas, y que, en alguna manera, es una invitación al viaje. Si esto se dice en Francia, donde tantos grandes especialistas existen en materia de Arabismo e Islam, y no sólo a nivel de profesores, sino de periodistas y autores corrientes, lo mismo que la cantidad de libros, revistas y artículos en prensa que se publican sobre estas cuestiones, cuanto más podemos decirlo de España, donde, lamentablemente, apenas se publica nada. Por eso tenemos que leer, generalmente, artículos y libros en idiomas extranjeros, en especial en lo que se refiere al mundo árabe e islámico moderno. Este libro es, en mi opinión, un poco irregular. Hay una primera parte que se titula: «Lo histórico», y otra que lleva el título de «Ensayo de análisis». Luego, al final, vienen unos anexos dedicados a mostrar la composición del gobierno, declaraciones del rey actual y de la cumbre islámica y las cifras en lo relativo a fuerzas militares, presupuestos y otros aspectos económicos. De las tres partes, considero la primera la más floja, por su exposición un poco irregular y porque se pierden en decir algunas cosas que son muy conocidas y no se hace un análisis que refleje la verdadera cara de la evolución saudita. Ahora bien, teniendo en cuenta que es para un público muy general, puede valer. Las cosas conocidas y repetidas lo son sobre los movimientos que iniciaron la liberación árabe, a partir de la Primera Guerra Mundial, que, además, tienen tendencia a centrarlos en el Norte de África porque se ve que los conocen mejor. Hubiera sido más lógico extenderse en los que estallaron en Egipto, Siria y Líbano, principalmente, y dar una visión un poco más amplia del socialismo árabe, aunque, ciertamente, en el caso concreto de Arabia Saudita, más en la interpretación del Islam unitario (*almuahidun*, corrientemente *uahabi*, por el nombre del iniciador de este movimiento de reforma)¹. Si lo hace, pero después de hablar del socialismo de Chakib Arsalan

¹ Para estudiar este movimiento, véase: FRADE, F.: *Sectas y Movimientos de reforma en el Islam*. Editorial Casado, Tetuán, 1952.

y Abderrahman Ezman Pacha, que ha sido una orientación no tan fuerte como la que luego imprimieron Naser y Michel Aflaq, en Egipto y Siria, respectivamente. Además que el movimiento *uahabi* es un movimiento fundamentalmente religioso y también social, sobre todo cuando se practica el Islam de un modo verdadero, que no nació como reacción a ningún socialismo sino a las innovaciones (*bidaat*) tomadas prestadas a la civilización occidental. Tampoco el *uahabismo* es un movimiento paralelo al de la Hermandad Musulmana² nacida en Egipto, de la que da una visión muy sintética, pues es bastante anterior a ella y nacidas ambas en dos medios distintos. En resumen, la visión que da del mundo árabe, en su conjunto, es un poco incompleta y desordenada, y respecto al islámico sólo lo cita para contraponer la visión de Faisal frente a la de Naser. Brevisima también la relación de hechos y juicios de los emires saudies hasta llegar al fundador del reino actual Abdel Aziz Al Saud y breve el relato de la creación del reino. Es en el capítulo tercero, dedicado al primer sucesor de Abdel Aziz, su hijo Saud, donde empieza propiamente el libro que va a tener como figura central a Faisal, que sucedió a Saud, cuando éste fue depuesto por el consejo de ulemas y el de la casa real. Este capítulo, aunque muy resumido, es interesante, pues refleja bastante bien la lucha de Naser para implantar su dominio en el mundo árabe, por medio de su socialismo árabe que regiría la Nación Árabe que él propone y la preponderancia que va adquiriendo Faisal dentro de su país, a través de su acción como vicepresidente del Consejo de Ministros, ministro de Asuntos Exteriores y virrey del-Hiyás. Es el momento en que el mariscal Sal-lal depone al *Imam* de su país, el Yemen, y que trae una crisis al reino de Arabia Saudita porque el rey Saud quiere intervenir y no está preparado. No tiene más remedio, ante la oposición de los medios influyentes citados, que dar plenos poderes a Faisal que empieza por la base: Un plan de reformas serio. También está reflejado de un modo bastante acertado el conflicto que opone al rey y a su príncipe heredero, que estalla de un modo abierto al pedir aquél, al segundo, que dimita como virrey en noviembre de 1963, pues se le ha llegado a hacer la ofensa de dismantelar los arcos de triunfo cuando fue a Yedda a consultar a sus partidarios. El rey comprueba, tristemente, que no goza del favor popular, como ya sabía no gozaba del de la familia real ni de los ulemas. Se acaban los enfrentamientos, pues se resigna a dejar el poder en manos de su hermano. Este ha de tomar decisiones importantes, pues la crisis en el Yemen se ha agudizado y lo primero que hace es exigir que se retiren las fuerzas egipcias de este país. Esto indica temple en Faisal, pues sabe el carisma que tiene Naser en todas las masas árabes de todos los países.

Está bastante bien reflejada la lucha ideológica con Naser y su socialismo árabe que se oponen al imperialismo americano y al sionismo. El lo hace contra el ateísmo, el comunismo y el sionismo.

La lucha se agudiza cuando, por iniciativa de Faisal se crea la *Liga del Mundo Islámico*, con sede en La Meca, de la que Naser, inmediatamente, dirá que en vez de simbolizar un pacto islámico es una creación imperialista, equivalente al denostado Pacto de Bagdad y a la rechazada Doctrina Eisenhower. El resultado de la Guerra de los Seis Días traerá la decadencia de Naser y la ascensión de Faisal, no sólo en el conjunto árabe e

² *Ibidem*.

RECENSIONES

islámico sino en el mundial. Para esto le ayuda la creciente potencia económica de su país, su austeridad personal y la buena administración que ha impuesto al país. Sabe además hacer frente a las presiones que se le hacen por parte de otros regímenes hermanos más progresistas para que imponga sanciones a los Estados Unidos, tras la citada guerra, resistiéndose, a pesar de ser antisionista, porque también es anticomunista, a ir contra los Estados Unidos, que es ir contra el único apoyo eficaz frente al comunismo poniendo en juego la supervivencia del Islam. Sin embargo no se adhiere a la resolución 242 del Consejo de Seguridad porque no expresa los derechos de los palestinos y, por tanto, no ve asegurado su anhelo querido de que los judíos abandonen la ciudad árabe de Jerusalén donde se encuentran las mezquitas de Al Aqsa y de la Roca, los terceros lugares santos del Islam, después de La Meca y Medina. Un triunfo para él es la salida de los egipcios del Yemen, pero las fricciones con el rey Husain de Jordania y la toma de poder en Libia por el coronel Kaddafi, con la fuerte repulsa de este país hacia el imperialismo y a los que según él le sirven, hacen difícil para él la implantación de la doctrina de la *Solidaridad Islámica*.

La muerte de Naser supone, en opinión de los autores, un punto negativo para la URSS, pues sus sucesores ven que sin el concurso de los Estados Unidos no se puede rebajar la arrogancia israelí, crecida tras la citada victoria. Para Arabia Saudita supone la reconciliación con Egipto, y libre de la pesadilla del Yemen y de la guerra de nervios, a través de la emisora *La Voz de los Arabes*, Faisal dedica sus esfuerzos con intensidad al plan de desarrollo, del que luego hablará en la segunda parte. Es una pena que no explique con más detalle la doctrina de la *Solidaridad Islámica*³ al hablar de la acción de Faisal ni lo hagan más adelante al explicar la *Organización de la Conferencia Islámica*, creada, como la *Liga del Mundo Islámico*, también por el dinámico rey, las cuales han tenido gran trascendencia en la ejecución de su política, pues entraña la cooperación entre todos los pueblos islámicos y dentro de ella la específica árabe, pues en todas sus reuniones y escritos se habla de la restitución de los territorios ocupados a los árabes, la de los derechos usurpados a los palestinos, la liberación de Jerusalén, etc.

Su sucesor Jaled suaviza la concepción que la distanciaba de la de la *Nación Árabe* progresista, pues, junto a la solidaridad islámica que proclama con todas las connotaciones que acabamos de reseñar, en la declaración hecha por el príncipe heredero Fahd, en su nombre, al subir al trono, y que los autores reproducen en un anexo⁴, proclama también su defensa de los derechos de la *Nación Árabe* y este concepto para Faisal era un concepto regionalista y hasta racista, alejado del concepto de la *umma* (comunidad, nación en el sentido moderno) islámica.

Explican luego el problema de Jaled teniendo que hacer frente a las expectativas de un número creciente de ciudadanos educados al estilo occidental, así como frente a las ambiciones de otras naciones para lo cual ha de fortalecer el ejército y la guardia nacional, cuerpo de seguridad, bajo las órdenes directas del segundo vicepresidente del Consejo de Ministros, príncipe Abdel-lah, a la que se instruye y dota del armamento más moderno

3 Cf. FRADE, F.: «La herencia de Faisal», *Revista de Política Internacional* núm. 144, marzo-abril 1976.

4 Hecha en Riad el 19 de Rabiaq al aual de 1395 H. (1975 J. C.).

RECENSIONES

por Inglaterra y Norteamérica. En un anexo da un resumen de estas fuerzas.

También ha de hacer frente a la inflación creciente, dando los autores el dato de que en 1975 un terreno en Yedda costaba el doble que en los Campos Elíseos de París y el alquiler de un apartamento, hasta tres veces más. Por último cita la oposición entre la vieja élite y los jóvenes que desean nuevas estructuras, especialmente en el Hiyás, «hogar endémico de una oposición inorgánica al acecho de un mal paso».

La exposición de la política exterior que sigue se resume en hacer frente a la implantación de regímenes socialistas hostiles en su periferia y en las naciones ribereñas del mar Rojo en África, en primer lugar los Yemen, Etiopía, Congo y hasta en el Sahara occidental, donde intenta mediar entre Marruecos y Argelia sin éxito, «sin duda porque las proposiciones sauditas están muy cerca de las marroquies» y ya pasa a la segunda parte, con una exposición de las familias importantes, una descripción del ejército y la Guardia Nacional y alude a éstos como sucesores de los *ijuan*, pero tampoco hace una reseña más detallada en la síntesis histórica de estas agrupaciones que tan gran importancia tuvieron en el establecimiento del reino y que ayudan a conocer la psicología *naidy*. Luego habla en diferentes apartados del hombre en las ciudades, del estatuto de los funcionarios, del proletariado, del régimen y las instituciones, de los *ulu al amr* (detentadores de la autoridad), es decir el consejo de sabios religiosos y el de príncipes de la casa real, de las perspectivas de la evolución constitucional y del consejo consultivo (*maylis Chura*) que Faisal dejó pergeñado pero que no puso en vigor. Del estatuto de las provincias (*Nidam al muqataa*), de la administración local, de los medios de información, del sistema judicial, la oficina de quejas, la policía religiosa, la condición femenina, la supresión de la esclavitud y la peregrinación, que nos dan una idea bastante clara de lo que es Arabia y su estado actual.

Lo que sigue es el desarrollo económico y en especial la gran obra de impulso de Faisal⁵, en cuyo primer plan de desarrollo (1971-75) empleó 40.000 millones de riales saudies (en aquel tiempo, 1 rial = 15 pesetas) y en el segundo (1975-80) 498.000 millones de R. S. (1 R. S. = 20 pesetas).

Se ocupan los autores en detallar las magníficas contribuciones al desarrollo de Francia, Inglaterra, Alemania y sobre todo los Estados Unidos; un tercio de las sumas del plan quinquenal han ido a empresas suyas y a mi me surge la reflexión de que a España, con una magnífica amistad y defensa de las causas árabes, ni siquiera obtiene migajas. El autor recoge en el anexo correspondiente al año 1975 un 0,6 por 100 en las importaciones de Arabia Saudita, venidas de España, frente a un 2 por 100 de Bélgica, que es el siguiente europeo, un 9,5 por 100 de Alemania y un 26,2 por 100 de los Estados Unidos.

La parte final del libro está dedicada a las relaciones de Arabia Saudita con los países del Tercer Mundo, entre los que su gobierno desea ejercer un papel moderador, como en sus relaciones interárabes, y separarlos en lo posible de la influencia soviética. Para eso usa de su dinero, y a partir de 1973 su ayuda toma una amplitud significativa, consagrando lo esencial de sus disponibilidades al apoyo financiero a los estados árabes empeñados

⁵ Véase FRADE, F.: *Faisal Al Saud, cumbre de una familia esforzada*. Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1975.

RECENSIONES

en la confrontación con Israel, en distintas formas: préstamos gubernamentales, por medio de entidades nacionales o de multinacionales. Entre 1973 y 1975 se puede admitir que haya sido del orden de los 3.000 millones de dólares, la mayor parte en la forma de donativos y por vía bilateral. El libro explica los fondos creados, las naciones favorecidas, resaltando el carácter panislámico de esta ayuda, pero con cuidado de no reavivar el conflicto doctrinal del tradicionalismo integrista contrario a los objetivos del mundo árabe revolucionario. Así, después de la cumbre Afro-Arabe de El Cairo, el 7 de marzo de 1977, en la reunión en París del 27 de mayo al 3 de junio en el marco del diálogo Norte-Sur, cuyo clima de tensión reflejan muy bien los autores, marcan compromisos en los objetivos de Riad con los de la URSS, al asociar a países con un progresismo de inspiración soviética que los autores consideran obedecer más, probablemente, a un deber de solidaridad que a presiones.

Termina el libro con un corto capítulo dedicado a un «porvenir en suspenso» en el que analiza someramente las dificultades, en cincuenta años, del cambio de una vida beduina, junto a los escasos núcleos ciudadanos; debilitamiento de los servidores del trono ante la aparición en los engranajes del estado de élites nuevas y cambios en las estructuras de producción y medios de defensa. Los Al Saud han aceptado el reto y ellos determinarán el momento a partir del cual no será posible completar la ola de aspiraciones que la evolución suscita.

FERNANDO FRADE

MOHAMMED BEDJAQUI: *Pour un nouvel ordre économique international*, París, 1979, UNESCO, colección «Nuevos desafíos al Derecho internacional», 295 pp.

Con la publicación de esta obra, la UNESCO lanza una nueva colección cuyo eje central será la capacidad de adaptación del Derecho internacional a los desafíos resultantes de la situación de crisis y de tensión que hoy vive la Sociedad internacional. La obra del jurista argelino M. Bedjaoui es el primer volumen de esta colección.

Tanto el título de la obra como el nombre del autor hacen atractiva a primera vista su lectura. La realización de la misma justifica ampliamente esta primera impresión.

La obra está dividida en dos partes. En la primera, el autor realiza un análisis de lo que ha dado en llamarse «problema norte-sur». El autor analiza la situación actual de la Sociedad internacional como resultado del proceso de descolonización realizado en la década de los cincuenta y como germen de una nueva sociedad internacional en la que existirá un orden económico «nuevo» y más justo. Este orden económico nuevo y más justo surgirá como la negación del orden actual que es injusto en la medida en que el proceso de descolonización es un proceso que aún no ha finalizado.

La postura del autor es determinista. El autor no niega que el establecimiento de un nuevo orden económico será el producto de grandes luchas

RECENSIONES

para eliminar un sinfín de obstáculos. Sin embargo no duda que, antes o después, el nuevo orden económico internacional será una realidad. Esta postura determinista va acompañada de una visión optimista, pues, para él, el mundo del mañana será un mundo sin guerras y con un reparto justo y equitativo de la riqueza entre las naciones.

Al mismo tiempo que determinista y optimista, o utópica, la obra de Bedjaoui es, por decirlo así, «internacionalista». Para el autor, la causa del subdesarrollo hay que buscarla en la estructura de la Sociedad internacional, de lo que deduce que el remedio al subdesarrollo habrá que buscarlo en la reforma de dicha estructura. Esta visión contrasta con tendencias modernas que, aunque encuentran la causa última del subdesarrollo en la acción colonial de los países occidentales, buscan su remedio más en las reformas estructurales en los propios países subdesarrollados que en la reforma de la Sociedad internacional.

La segunda parte de esta obra está dedicada al estudio de la función que debe cumplir el Derecho internacional para hacer posible el establecimiento de un nuevo orden económico internacional.

Esta segunda parte contiene un análisis muy interesante de la influencia del sistema de las Naciones Unidas sobre el Derecho internacional. El Derecho internacional actual es concebido como la resultante de la lucha dentro de las Organizaciones del sistema de las NU entre los distintos bloques de países. Este estudio del Derecho internacional «institucional» da pie para reflexiones muy interesantes que el autor realiza sobre la evolución y la modificación de la importancia de las distintas fuentes del Derecho internacional.

Si las reflexiones sobre el problema de las fuentes son de gran interés, no son menos interesantes las llevadas a cabo sobre el Derecho de las Organizaciones internacionales, así como sobre su deseable evolución.

PEDRO BURGOS

M. NASHAT: *National interests and bureaucracy versus development aid*, Ginebra, 1978, Tribune Editions, 213 pp.

La proliferación de Organizaciones internacionales que ha conocido la Sociedad internacional desde 1945 ha dado lugar a una copiosa literatura sobre el tema.

En la década de los cincuenta y de los sesenta la mayoría de las obras sobre Organización internacional no eran más que una exégesis, mejor o peor hecha, de los instrumentos constitutivos de las Organizaciones. Se estudiaba el nacimiento de las Organizaciones, así como su estructura y funciones, pero siempre desde una perspectiva estática.

La publicación en 1969 del célebre Informe Jackson sobre la capacidad del sistema de las Naciones Unidas para el desarrollo supuso un punto de inflexión en la evolución de la literatura sobre las Organizaciones interna-

RECENSIONES

cionales. Así, en la década de los setenta, la aproximación de los estudiosos hacia las Organizaciones internacionales es mucho más crítica. Las Organizaciones son desmitificadas. Además, las funciones y la estructura de las Organizaciones no se estudian de forma cumulativa, sino estableciendo una relación dinámica entre ambas para tratar de establecer cómo influyen las funciones de una Organización en su estructura y viceversa. Por otra parte, la acción de las Organizaciones es estudiada más como la resultante de la lucha entre los distintos bloques de países que como la actividad de unos entes con autonomía propia.

La obra de Mahyar Nashat que comentamos en estas líneas pertenece por derecho propio a esta tendencia dinámica de la literatura sobre las Organizaciones internacionales. El tema de la obra es muy sugestivo. Mahyar Nashat estudia el nacimiento del llamado Programa Ampliado de Asistencia Técnica que fue creado en 1948 y absorbido por el PNUD en 1966.

La obra de Nashat tiene una gran base documental. El autor ha analizado de forma pormenorizada la documentación relativa al Programa Ampliado de Asistencia Técnica. La riqueza documental así como el rigor en el tratamiento de los documentos son tales que esta obra podría ser utilizada como fuente para otros trabajos. Sin embargo, el autor no se limita a una exégesis de los documentos que utiliza. Por el contrario, realiza un análisis riguroso y crítico de la actividad de los distintos actores participantes en el Programa.

El análisis del comportamiento de los Estados nos muestra hasta qué punto la ayuda multilateral fue concebida, básicamente, como una pantalla capaz de ocultar el carácter bilateral de la ayuda al desarrollo. En cuanto a la actividad de las Secretarías de los Organismos especializados, el autor analiza de forma pormenorizada cómo dicha acción estuvo las más de las veces dirigida a incrementar la importancia y el poder de cada Organización, en vez de estar dirigida fundamentalmente a la ayuda a los países subdesarrollados.

El autor realiza un balance más bien negativo de la actividad del Programa. Sin embargo su conclusión es optimista por cuanto piensa que la experiencia acumulada por el Programa ha servido para la modificación de la organización de la ayuda multilateral iniciada con la creación del Programa de las NU para el desarrollo.

PEDRO BURGOS

A. J. LLEONART Y AMSELEM y F. M. CASTIELLA: España y ONU. I. (1945-46). Instituto Francisco de Vitoria, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1978, 451 pp.

El doctor Leonart y Amselem, ayudado por sus colaboradores María del Carmen López Muñoz y Juan Bardisa Manzanero, nos brinda este interesante volumen, primero de una serie de tres destinada a recoger la documentación básica, sistematizada y anotada, de la relación entre España y

RECENSIONES

las Naciones Unidas. En el libro se advierte la huella de la dilatada experiencia investigadora del doctor Leonart, especialmente en la acertada selección de los textos incluidos, todos ellos muy significativos, y en la valoración crítica de los mismos.

Es obvia la importancia del tema elegido puesto que, como señala el doctor Leonart en la introducción, la atención prestada a la relación España-ONU se justifica porque «es básica y no sólo a los efectos del derecho particular que nos ocupa. Pues la historia de cualquier Estado en el decurso de estos tres últimos lustros no puede ser escrita ni explicada sin una referencia fundamental a ese nivel jurídico-político-internacional que es la ONU. Es más, la historia del futuro seguirá escribiéndose, en gran medida, de conformidad a ese nivel». He aquí, subrayada de tan escueta forma, la idea que ha impulsado la ardua labor asumida por el doctor Leonart y sus colaboradores. En este primer volumen se estructura una riquísima documentación referida a los años 1945-1946, período de singular importancia puesto que en esos años no solamente España —en virtud de su régimen político— no fue admitida en el areópago internacional sino que conviene recordar que las resoluciones que adoptaron las Naciones Unidas —en un ambiente de condenación y recelo— pusieron en grave peligro la continuación del régimen franquista.

El volumen se inicia con un estudio preliminar, debido a la pluma del doctor Leonart y Amselem, titulado «España y la Organización internacional: historia doctrinal y praxis» enfocado, sustancialmente, al examen de la aportación histórica española a la idea de la organización internacional y en el que efectúa una breve incursión histórica, limitada a un cierto número de figuras, en el contexto de unos períodos típicos y altamente representativos.

La selección de documentos se inicia en la denominada «parte primera» que, concretamente, recoge nueve referentes al año 1945. Resulta muy interesante tener fácil acceso a textos que pueden estar olvidados pero que implican importancia evidente para cualquier futuro trabajo de análisis de una situación histórica muy compleja. Siguen la «parte segunda» (enero-junio de 1946), que inserta once documentos: resoluciones de las Naciones Unidas, informe del Consejo de Seguridad, declaración sobre España de los Gobiernos de Francia, Reino Unido y Estados Unidos de América, réplicas del Gobierno español al Departamento de Estado y del Ministerio de Asuntos Exteriores al informe del Subcomité del Consejo de Seguridad, etc. Todos ellos son merecedores de la mayor atención por su intrínseca importancia. La «parte tercera» recoge la documentación relativa al período octubre-diciembre de 1946. Los autores, en sus anotaciones a la documentación que publican, se proponen aclarar extremos no fácilmente asequibles para el lector no especializado. En tal sentido, citan otros documentos conexos con el que examina en cada momento y explican el origen de los mismos, dentro de una forma muy sugestiva de contemplar los acontecimientos internacionales.

Se ofrece, a continuación, una serie de seis anexos: cronología de la ONU, datos cronológicos de España (1945-1946), hechos de las Naciones Unidas correspondientes a 1946, lista de Estados miembros de la Organización de las Naciones Unidas (1946) y grupos de Estados y sus posiciones ante la «cuestión española».

RECENSIONES

Concluye la obra con una selecta bibliografía y la mención de las fuentes documentales más utilizadas en su redacción.

Se trata, indudablemente, de un magnífico instrumento de trabajo el proporcionado por los autores al presentar esta recopilación de documentos de sumo interés para el esclarecimiento de un periodo de la historia de España de singular relieve. La abundancia de fuentes manejadas y la escrupulosa objetividad de sus anotaciones realzan la calidad de esta obra.

JULIO COLA ALBERICH

ANÍBAL ROMERO: *Líderes en guerra: Hitler, Stalin, Churchill y De Gaulle*. Editorial Tecnos, S. A., Madrid, 1979, 197 pp.

La Segunda Guerra Mundial finalizó hace más de tres décadas, pero su impacto y sus efectos nos indica el autor de estas páginas (tal vez para justificar la presencia editorial de su obra), aún se dejan sentir en la evolución del orden internacional contemporáneo, y las acciones de los hombres que ocuparon posiciones supremas en ese conflicto son fuente de enseñanzas políticas y militares que deben tenerse muy en cuenta en nuestros días. Lo primero que debemos subrayar, con la noble intención de orientar al futuro lector de este libro, es que el profesor Anibal Romero, en el amplio cauce doctrinal de su interesante monografía, ha procedido en todo momento de forma objetiva. Esto, ciertamente, ya es un mérito inequívoco de seriedad científica cuando, precisamente, se tiene la mirada puesta en la vida, en la obra y en la magnitud o transcendencia de esa vida y de esa obra de hombres tan profundamente polémicos como Hitler, Stalin, Churchill y De Gaulle. La segunda advertencia, también importante, consiste en poner de manifiesto que no se trata de la exposición más o menos lograda de algunas pinceladas biográficas de las cuatro personalidades anteriormente mencionadas. Desde este punto de vista, a nuestra forma de ver, la tarea hubiese sido totalmente vana, puesto que, efectivamente—a la altura de nuestro tiempo—, ya se han escrito libros definitivos sobre los cuatro grandes colosos. La tarea del autor tal vez resulte más modesta, pero, al mismo tiempo, muchísimo más útil e importante: valorar, medir y matizar lo que las expresiones «poder», «política» y «orden internacional» significaron para los líderes citados. El libro, en todo caso, mantiene una perfecta unidad sistemática, cierta flexibilidad (lo que nos permite leer con absoluta independencia un capítulo respecto de otro) y, desde luego, una evidente conexión, puesto que, como saben muy bien los especialistas de la disciplina (nos referimos concretamente a la Política Internacional), resulta terriblemente difícil hablar de alguno de estos personajes sin que, para bien o para mal, asome de inmediato el nombre de los restantes.

Si queremos ser sinceros, y eso es lo que tratamos de conseguir, hay que señalar el enorme gasto de energías que el autor injustificadamente consume en las primeras páginas de la obra al empeñarse en explicarnos algo sustancialmente sabido y que, en todo caso, se puede dar por supuesto.

que la Segunda Guerra Mundial, gracias al avance tecnológico, fue radicalmente distinta de las contiendas precedentes. Evidentemente, en estos momentos, una nueva rebelión militar internacional también resultaría profundamente distante y con perfiles personalísimos si la comparásemos con los estallidos bélicos de otras épocas. Es muy interesante, sin embargo, el análisis psicológico que el profesor Anibal Romero efectúa sobre el despliegue estratégico que cada una de las figuras estudiadas en las páginas de su obra llevó a cabo. Desde este punto de vista, el libro al que nos venimos refiriendo alcanza cotas realmente originales y que, cara al futuro, servirán a los estudiosos del tema para situar, de una vez por todas, en el lugar adecuado—con pedestal o sin él— a Hitler, Stalin, Churchill y De Gaulle. Acierta también el autor cuando, examinando minuciosamente el marco de la dramática contienda internacional europea (asumimos el riesgo o la aventura de esta calificación doctrinal), se apresura a manifestar que la Segunda Guerra Mundial fue la primera contienda bélica en la que se utilizó con una magnífica eficacia un arma que, aparentemente, entraña un mucho de ingenuidad, de sencillez o de infantilismo, pero que, a la hora de la verdad, fue extraordinariamente eficaz: la propaganda. Justamente, escribe, «... el empleo de la propaganda como arma de debilitamiento y dislocación psicológica del adversario tuvo gran efectividad. Los nazis fueron verdaderos maestros en este arte. Hitler comprendió desde los inicios de su carrera política la real importancia de la propaganda. Abrumado por la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, Hitler analizó las causas de ese fracaso, y encontró que la superioridad de la propaganda enemiga había jugado un papel relevante como factor que contribuyó a erosionar la voluntad de lucha de su país». Consecuentemente, el partido político creado por Hitler aprendió a presentar sus vagas y confusas teorías en frases simples y fácilmente memorizables, a «implantar» los hechos mediante su repetición constante, y a canalizar la irracionalidad y el dinamismo de cientos de miles de hombres en contra de enemigos envilecidos en base a la propaganda. Alguien ha dicho, y con razón, que «el partido nazi debió su crecimiento a la aplicación de técnicas de la publicidad comercial al reclutamiento político, con las que se lanzó un asalto al subconsciente colectivo».

La primera figura de la que se ocupa el profesor Anibal Romero es, por meras razones de azar—dado que, como ya hemos dicho, no hay preferencia alguna en el curso de la obra por ninguna de estas recias personalidades—, la de Hitler. Muy seriamente nos advierte que, efectivamente, ver en el líder germano simplemente a un psicópata y un paranoico sería pasar por alto el hecho de que por muchos años, desde los comienzos de su carrera política hasta las postrimerías de la guerra, fue capaz en múltiples ocasiones de actuar en base a evaluaciones objetivas y «racionales» de muy diversas situaciones. Ciertamente, como señala Speer, «los generales en particular no estuvieron sobrecogidos por una fuerza despótica durante toda una década; ellos obedecían a una personalidad impactante, capaz de argumentar con coherencia». En Hitler coexistían un político y un aventurero; al final de su carrera, el aventurero se sobrepuso al político, sus obsesiones ideológicas y sus fantasías le envolvieron y cometió graves errores que eventualmente le condenaron. Tal vez esos errores fueron, sin embargo, los de un jugador que sabe que está apostando el todo por el

RECENSIONES

todo, en una aventura ilimitada. De todas maneras, puntualiza el autor de las páginas que comentamos, para comprender los éxitos militares nazis —que los hubo—, así también los evidentes fracasos, hay que tener claro qué tipo de guerra quiso hacer Hitler: la «Blitzkrieg» o «guerra relámpago», el instrumento militar que derrotó a Polonia en cuatro semanas, a Holanda en cinco días, a Bélgica en diecisiete, a Francia en seis semanas, a Yugoslavia en once días, a Grecia en tres semanas; el instrumento con el cual Hitler pretendió conquistar a la URSS en cuatro o cinco meses, enviando a sus tropas al combate sin equipo de invierno, confiado en que lograrían un triunfo rápido. La guerra que planeó Hitler y para la cual preparó a Alemania, consistía en realidad en un conjunto de guerras cortas y decisivas contra enemigos diferentes. Esa era la estrategia militar que más se adecuaba al programa político de Hitler y al contexto político dentro del cual trató de implementarlo. La «guerra relámpago» le dio brillantes victorias, pero falló en la prueba crucial.

Para el profesor Anibal Romero la figura de Stalin, otro de los hombres más polémicos de todos los tiempos, también se sale de las páginas de la psicología. Era, nos dice, el clásico «hombre de acero» y, sobre todo, Stalin sabía lo que quería: poder; pero no cualquier clase de poder, sino un poder absoluto, total, incuestionable. Sabía también cómo obtener lo que deseaba: mediante la astucia, la manipulación, el engaño, la callada eficiencia; todo ello controlado por un talento político poco común, cuya aparente sordidez y primitivismo suscitaban el menosprecio inicial de sus adversarios. Stalin conocía el arte de esperar en las sombras hasta que se presentaba el momento oportuno. Su estilo era simple y carente de brillo intelectual. Sus habilidades no se ejercían en campo abierto, sino dentro del engranaje de las maquinarias políticas. Hombres de la talla de Trotsky fueron incapaces de medir la verdadera fuerza y destreza de Stalin por mucho tiempo, y lo mismo ocurrió con otras de sus grandes víctimas, como Zinoviev, Bujarin y Kamenev. Stalin se dejaba subestimar, permitía que sus enemigos le menospreciasen; entretanto, preparaba ventajosamente la hora del desquite.

A pesar de las deficiencias en su razonamiento sobre «el socialismo en un solo país», su fórmula fue políticamente efectiva y logró capturar el entusiasmo y el apoyo de los cuadros medios del Partido Bolchevique en momentos cruciales. Trotsky esperaba que la revolución europea viniese a la ayuda de la revolución rusa; ésa era la única vía para avanzar sólidamente hacia la construcción del socialismo en la URSS. La consigna de Stalin era mucho más simple, y si bien sus deficiencias teóricas eran obvias para los sectores ideológicamente maduros del Partido, contenía una proposición clara y positiva: es posible completar la construcción del socialismo en la URSS aun sin la revolución europea —y así, en cierto modo, sucedió.

Churchill, de conformidad con el profesor Anibal Romero, encerraba en su persona grandes virtudes, así como también inevitables pequenezes. Le era difícil distinguir entre un adversario y un enemigo; la oposición a sus ideas y proyectos le enervaba, y le hacía combatir con una intensidad a veces desproporcionada a las situaciones, sin preocuparle los efectos que ello podía tener sobre los demás. El caso de Churchill es extremadamente revelador de los dilemas a que se enfrenta un conservador, un hombre afe-rrado al pasado, dentro de una situación política altamente dinámica y cam-

RECENSIONES

biente como la que caracteriza a esta época histórica de la Segunda Guerra Mundial. Es interesante, en todo caso, analizar a Churchill como estadista, no tanto en aras de constatar de nuevo lo que logró, sino de descubrir qué fue lo que realmente pretendió lograr sin que hubiese podido hacerlo. Con tal propósito, piensa el autor, lo primero que es preciso discutir, investigar o analizar es cada uno de los dilemas con los que Gran Bretaña se enfrentaba por esa época en relación a la defensa de su Imperio. Detrás de esas hondas preocupaciones inglesas, posiblemente podamos encontrar las razones en virtud de las cuales, en tan gravísimos momentos, el líder inglés puso de moda la *política de la disuasión*. Como político conservador dentro de una era sustancialmente revolucionaria, Churchill se enfrentó inicialmente a la revolución en forma radical pero sin éxito; después trató de contenerla, de controlarla y de manipularla en función de la defensa de un orden que, a decir verdad, en lo fundamental yacía en ruinas. Churchill, a juicio del autor de estas páginas, había sido desbordado por los nuevos tiempos con muchísima premura. Las ideologías, las reacciones y las nuevas formas de vida—especialmente la europea—no fue nunca comprendida por el líder británico que, en efecto, sabía también actuar con violencia, pero no con oportunidad. La política internacional del momento, consecuentemente, jamás llegó a comprenderla...

Finalmente, en el último capítulo del libro, se nos habla del general De Gaulle—otro, en cierto modo, incomprendido—. De Gaulle quiso hacer de su vida una leyenda y la diseñó con la delectación del artista que elabora una gran obra de arte. Para el polémico general la política, así como la estrategia, era acción y reflexión sobre la acción; por ello, no tuvo temor a expresar su visión del mundo y de sí mismo tempranamente, como signos inmutables que le impidiesen perder el camino. «La desgracia de aquellos que definen su política por adelantado, sus grandes proyectos secretos—escribió un biógrafo de De Gaulle—, es que una vez superado el tiempo de la palabra y llegado el tiempo de la acción, se ven forzados a devastar el mundo para que la historia no les contradiga». Para De Gaulle no fue necesario devastar el mundo. Hitler casi lo hizo, arrastrado por la impetuosidad de sus sueños. De Gaulle tuvo que luchar ante todo contra lo que en sí mismo pudiese debilitarle o apartarle de su objetivo: la grandeza y la gloria de Francia y la suya propia, una grandeza mítica, basada en la voluntad y la ambición de jamás ceder, de sobreponerse a los eventos y dominarlos, con la convicción de que, en sus propias palabras: «No se hace nada sin los grandes hombres, y éstos lo son por haberlo querido.» La forma de ser grande era: «Elevarse por encima de sí a fin de dominar a los otros, y de esa manera, también los acontecimientos.» Era igualmente indispensable aspirar a la grandeza, ya que «la gloria se da solamente a aquellos que siempre la han soñado».

A De Gaulle siempre le importó más *enfrentarse* a la adversidad que la forma específica de hacerlo. Lo esencial era hacer frente al desafío; las medidas concretas dependían de las circunstancias. A pesar de todo, aunque parezca paradójico, De Gaulle no fue un gran capitán, ni un gran triunfador; fue un gran político. Hizo, efectivamente, de la política una obra de arte. Claro está que a él, en rigor, lo que le hubiera gustado ser no lo pudo conseguir: un nuevo Napoleón.

RECENSIONES

La Segunda Guerra Mundial, dejando al margen el dramatismo que anexo lleva toda contienda bélica, sirvió, ciertamente —y así se demuestra claramente en el curso de estas páginas—, para «probar» la grandeza y la miseria de determinados hombres. No olvidemos que, en efecto, la verdadera fortaleza de los individuos se mide en las situaciones extremas, y la guerra constituye uno de esos momentos críticos en que el drama colectivo irrumpe en la vida de cada persona, planteándole exigencias radicales y definitivas. Esto es tanto más cierto en nuestro tiempo cuando la guerra ha perdido todo elemento lúdico y el espíritu del juego ya ha dejado de ejercer cualquier efecto restrictivo en las dimensiones y el sentido mismo de la destrucción y la matanza.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

